

Originalidad y apropiaciones en el *Comentario al Apocalipsis* de Beato de Liébana

1. PRECEDENTES Y PRETENSIONES DE BEATO

Desde Ramsay —e incluso con anterioridad a este investigador— hasta nuestros días han sido muchos los estudiosos que se han ocupado, aunque con criterios diferentes, de las fuentes de Beato en su obra fundamental, el *Comentario al Apocalipsis de San Juan*.

Las fuentes existentes para la redacción de este Comentario eran copiosas. Varios habían sido los «Comentarios» y exégesis redactados al respecto desde el S. III, en que fue compuesto el «ticoniano». Muchos de los estudiosos llegan a la conclusión, no enteramente cierta desde mi criterio, de que la obra de Beato viene a ser una sucesión de pericopas mejor o peor soldadas, negando, consiguientemente, a Beato —el autor del *Comentario*— toda aportación personal. «Todo lo que pudiese pertenecer a Beato no pasa de una sola página», dice Alvarez Campos ¹.

Efectivamente, en lo que concierne al aspecto doctrinal hemos llegado igualmente a la conclusión de que la aportación de Beato no es excesiva, más bien escasa. Los Padres de la Iglesia, a quienes él menciona, aunque no en su totalidad, le suministran materiales amplios y variados, lo que constituye una firme apoyatura para avalar con su autoridad el contenido doctrinal de su exposición ².

A pesar de la deuda contraída —y reconocida— para con sus antecesores, Beato está persuadido, como ya he expuesto

1 *Actas del Simposio para el estudio de los códices del Comentario al Apocalipsis de San Juan de Beato de Liébana* (Madrid 1976).

2 Cf. Beato, *Praef.* 1, 5.

en otra ocasión³ del valor a ultranza de su obra: de que será como el «vademecum» clasificador de todas las interpretaciones anteriores hechas a la Escritura, particularmente en relación con el Apocalipsis de San Juan. Y aunque aparentemente no le mueven pretensiones literarias, sino que su máxima preocupación es la claridad, según su propia confesión, y por ello escribe *plebeio sermone*, la realidad es que se trata de un acto de falsa humildad —de humilde no tenía un ápice Beato—, pues hay, por momentos, a lo largo de la obra, aciertos estilísticos y ensamblajes perfectos. En el fondo, Beato, decididamente, cuida su dicción y hasta pretende aparentar originalidad.

Una lectura atenta del Prefacio —y del Comentario general— con un cotejo de las fuentes utilizadas muestra que, sin poder negar su deuda con el pasado, Beato posee ingenio —incluso astucia y picardía— para adaptar, convenientemente, los testimonios que mejor se le acomodan, ya que la intencionalidad de nuestro autor es, en gran medida, diferente a la de todos los comentaristas anteriores del Apocalipsis. Todo nos hace pensar que Beato, a diferencia de Isidoro, por ejemplo, no nos lega un *opus ex ueteris lectionis recordatione collectum*, sino que opera en presencia de las fuentes, lo que le permite manejarlas más racionalmente, con adiciones u omisiones —aunque pocas veces de gran volumen—, que a menudo llegan a desfigurar, intencionalmente, el original, convirtiendo, en ocasiones, en apenas reconocible la aportación ajena, que bien se guarda de citar, como no se trate de la Escritura, lo que ya, en sí mismo, implica una clara intencionalidad literaria.

2. UTILIZACIÓN DE FUENTES

El método de utilización de fuentes varía bastante entre el Prefacio o *Summa dicendorum*, como lo denominó el P. Flórez, y el Comentario propiamente dicho. En el Prefacio Beato rara vez copia un párrafo extenso, a excepción de Jerónimo —y estas adiciones de Jerónimo están recoge-

3 Cf. Balóira Bertolo, *Archivos Leoneses*, n. 71 (León 1982).

das sólo en dos códices: San Sever y el de la Biblioteca Nacional— y en una ocasión a Isidoro; antes bien, se limita a transcribir frases breves, para aplicar su contenido a sus propios fines mediante digresiones que al menos aparentemente revisten una relativa originalidad. Se trata de salpicaduras dentro de amplios contextos. En este sentido no está muy lejos de Isidoro en lo que a utilización de fuentes se refiere. Igual que éste, extrae materiales de lugares diferentes, a veces del mismo autor y otras veces de autores distintos, que ensambla y entreteje con absoluta facilidad, y dándole casi siempre racional coherencia.

Cuando en la exégesis Beato utiliza a Isidoro, así como en las descripciones de planos eruditos, observamos sin esfuerzo que el núcleo es isidoriano, mientras que la exposición comentada es beatiana, cuando menos no isidoriana; es decir, lo que está marcado con el sello del personal estilo de Beato —al menos mientras no pueda demostrarse que también estos engarces son meras apropiaciones, hasta el momento no demostradas como tales— es el método no carente de habilidad —y en este procedimiento está muy por encima de la ingenuidad y espontaneidad de Isidoro— empleado para ensamblar textos, que son producto de localizaciones a menudo bastantes alejadas, aun correspondiendo a un mismo autor. He aquí algunos ejemplos:

BEATO, *Praef.* 5, 53

Supprestitio dicta est quod sit superflua aut super instituta *religionis* obseruatio. *et ista non uiuit aequaliter ut ceteri fratres sed quasi amore martyrum semetipsos perimunt, ut uiolenter de hac uita discedentes martyres nominentur.*

Etymologiae 8, 3, 6; 5, 53

Superstitio dicta eo quod sit superflua aut superinstituta obseruatio.

Hi amore martyrii semetipsos perimunt ut uiolenter de hac uita discedentes martyres nominentur.

El enlace, bien acomodado por cierto, entre los dos textos isidorianos es sin duda patrimonio de Beato. Pudiera pensarse, además, en otra partenidad, si no se hubiera

comprobado este procedimiento a lo largo de la obra; y no sólo tratándose de Isidoro, sino de cualquier otro autor, o de cualquier otro texto, incluida la Escritura. En cuanto a los textos bíblicos, unas veces elige por su cuenta la cita, y otras veces le viene incluida en la fuente apropiada.

Un procedimiento muy peculiar de Beato consiste en trastocar el orden del texto transcrito. Mientras Isidoro, al menos en las Etimologías, copia literalmente a los autores de los que se sirve preferentemente (Servio, Varrón, Plinio, etc.), sin prejuicio alguno, sin ansias de presentar el texto como suyo o de desfigurarlo, Beato, salvo en las larguísimas digresiones tomadas de Jerónimo, Gregorio o Agustín, rara vez nos presenta el texto de la fuente tal cual la encontró, sino que, como ya he dicho, la desfigura —al menos trata de conseguirlo— en la medida en que, a pesar de todo, conserve cabal sentido y se adapte a la andadura contextual del discurso. Veamos otro ejemplo igualmente en que la fuente es Isidoro:

BEATO, *Praef.* 5, 54

Hi Graeco uocabulo cotopitas dicuntur, quos nos Latine circilliones dicimus, eo quod agrestes sint.

Etymologiae 8, 5, 53

Circumcelliones dicti eo, quod agrestes sint, quos cotopitas uocant supradictae haeresis habentes doctrinam.

Es sorprendente ver cómo Beato, cuando no yuxtapone textos de diferentes orígenes, no sólo disloca los términos, sino que, además, los reduce intencionadamente. En modo alguno puede imputarse este trastrueque y esta reducción a la fuente utilizada, porque Beato, tratándose de Isidoro, no conoció otra edición que la redacción «corta» dedicada a Sisebuto, y que, como bien se sabe, constaba de los diez primeros libros de las Etimologías —también utiliza otras obras del obispo hispalense—, y que por otro lado se trataba de una edición *emendata*, a diferencia de la ofrecida a su discípulo Braulio, obispo de Zaragoza, cuyo manuscrito recibió completo, pero «inemendatum prae valetudine, distinctum ab eo titulis, non libris (cf. epist. 5, ed. Lindsay).

Tampoco baraja de la misma forma a los Padres, incluso a un mismo autor en lugares diferentes. En más de una ocasión combina el texto de Jerónimo, por ejemplo, con amplias glosas, como ocurre al final del libro I (5, 73-99), en la extensa digresión sobre el Anticristo, donde el texto jeronimiano es relativamente breve comparado con el de Beato: se reduce a una casi lacónica sucesión de sentencias, cada una de las cuales lleva aparejado un amplio comentario con algunos aportes de la Escritura. Estoy persuadido de que no todo el texto de la paráfrasis es de Beato, pero seguro que gran parte le pertenece, porque está muy concorde, al margen de la extensión, con sus propias aportaciones. Muy diferentes en forma y contenido son las salpicaduras de Apringio, que hallamos también al final de este libro de Beato ⁴.

Que Beato siente como una perentoria necesidad de poner de manifiesto su vasta erudición —que la poseía sin duda— o su originalidad (en el fondo viene desembocar a lo mismo) se revela precisamente en esa constante parafraseología —pienso que un poco desatendida por los estudiosos—, que sucede con harta frecuencia a las fuentes de los autores que le suministran expresiones de amplio contenido, como puede ser Isidoro, entre otros. A propósito de Isidoro y del último texto propuesto y apropiado por Beato, éste —y quiero subrayar la intencionalidad a la que me he referido más arriba— no se conforma con la mera definición de *cotopitae* o *circilliones* de la fuente, sino que siente como una especie de obligación ampliar el sentido del texto con un comentario, más histórico que doctrinal, muy ilustrativo, si conocemos de verdad el terreno en que se mueve Beato, como escritor y como clérigo. He aquí la explicación beatiana, que obedece a la pretensión de buscar la hermandad entre los *fratres*, en la comunidad, de la que seguro él era abad, y a la vez de censurar la conducta de Elipando, arzobispo de Toledo: *Circumeunt prouincias, quia non sinunt se uno loco cum fratribus uno se consilio, et unam uitam habere communem, ut anima una et cor unum uiuant apos-*

4 Cf. este epílogo con el que nos ofrece Isidoro en *Etym.* 15, 2, 7 y 20, 9, 10 acerca del Faro de Alejandría.

tolico more, sed ut diximus diuersas terras circuire et sanctorum sepulcra praeuidere, quasi pro salute animae suae; sed nihil ei proderit, quia hoc sine consilio commune fratrum facit.

Beato no suele apropiarse de textos extensos continuados, salvo alguna excepción, como las ya citadas digresiones, a las que podíamos añadir la descripción y otros aspectos del Arca de Noé, procedente de Gregorio Iliberitano. En el Prefacio el texto de mayor volumen proviene de *Etym.* 10, 118-121. Se trata de una larga digresión cultural, pese a que Beato, a diferencia de sus compañeros de viaje hacia las fuentes, es más bien parco en esta clase de discursos.

Si de Isidoro extrae sólo frases lapidarias —con alguna aislada excepción— de los demás comentaristas se apropia siguiendo una táctica semejante. Ahora bien, descubrir todos los autores que «plagia» Beato no es tarea fácil, por lo que ignoramos, en gran parte, a quién hay que atribuir buen caudal de la herencia, copiosa por lo demás, que recibe el autor del Comentario. Si de Primasio o de Cesáreo se trata —y hasta de Apringio en menor cuantía—, Beato coincide más en el contenido que en el tenor formal del texto, que se reduce a frases relativamente breves, por lo que su correspondencia con Ticonio, de existir como se pretende, no revestirá formas muy diferentes. Si los paralelos con los autores mencionados nos remiten a Ticonio ⁵, y si éste era «prolijo y redundante», es preciso admitir que Beato tomó del obispo africano el contenido doctrinal, aunque expurgándolo de cuanto suponía manifestaciones heréticas; y la verdad no parece que el donatismo ticoniano convenciera en absoluto al fraile liebanense, cuya intención al escribir el Comentario, en su conjunto, era, con los siguientes prejuicios agravados por las circunstancias, neutralizar la perniciosa influencia del arzobispo de Toledo, a quien tenía por hereje y encarnación del Anticristo. No parece muy lógico que un comentarista como Beato, disponiendo, más allá de lo presumible, de una bibliografía, especialmente patristica, se encerrase con intención prioritaria en la doctrina de un «hereje»

5 'Ticonius, *Comentarius in Apocalypsin*', en *PLS*, extracto.

para atacar a otro hereje, a Elipando, quien le resultaba, evidentemente, mucho más odioso —infinitamente más repugnante— que el africano.

Beato rechaza *a priori* la ampulosidad ciceroniana de Ticonio, pero también, a juzgar por el códice turinense y por los comentaristas intermedios, a menudo se aparta de la doctrina ticoniana, mientras se deja llevar de la mano de autores de mayor solvencia —*auctoritate*—, como Isidoro. Beato de Ticonio copia —este es mi criterio— sólo expresiones fundamentales, para aplicarlas luego a un plan preconcebido, que se repite sin cesar, entremezclándolas con razonamientos doctrinales de los comentaristas post-ticonianos. Beato utiliza a Ticonio en la misma medida que a los demás, pero con mayor cautela por lo sospechoso de sus doctrinas, mudándolo caprichosamente, invirtiendo el orden de las cláusulas, verificando toda clase de transposiciones, permutando partículas; en fin, disimulando todo lo posible la adaptación de las fuentes, minimizando las apropiaciones, que son, en definitiva, la mayor parte del contenido de su obra. Pero también sabe combinar un texto seleccionado, de Apringio por ejemplo, con pasajes de otros comentaristas, como Primasio o Cesáreo, pero siempre con su característico disimulo; más bien parece que sus preferencias van orientadas a extractar textos, previamente combinados de otros autores.

Propongo a continuación un ejemplo que puede ser ilustrativo:

BEATO, *Praef.* 5, 104

Liber uitae Christus est.
tunc ostenditur uniuersae
creaturae suae.

APRINGIO, 64/16-18

Liber uitae *et uita Dominus*
Jesus Christus est; tunc
aperietur et ostendepetur
uniuersae creaturae suae.

Se observa fácilmente, pese a lo exiguo del contenido doctrinal del ejemplo, que nuestro autor pretende, no ocultar absolutamente la fuente, sino hasta cierto punto minimizar la aportación recibida, quedándose sólo con la esencia del mensaje y de la forma en que se transmite.

Las mutaciones son aún más ostensibles, cuando toma por modelos a Primasio y Cesáreo. Las coincidencias literales son más reducidas. Compárese a propósito Beato, *Praef.* 4, 11 con *Prim.* 839 C y Cesáreo 227/10-20. Al instante se llega al convencimiento de que de una página en sus predecesores Beato extracta prácticamente tres palabras, porque el resto del texto beatiano corresponde, en gran parte, a citas bíblicas incluidas en las mismas fuentes.

Si el Comentario de Ticonio fue abreviado también por sus inmediatos imitadores, Beato atemperó aun más que aquéllos su copiosa redundancia, su «copiosísima disputatio», en palabras de Agustín ⁶, omitiendo casi todas las disquisiciones doctrinales y alusiones al mundo antiguo como testimonios, a excepción, en una relativa medida, de Jerónimo e Isidoro, particularmente en el Prefacio, así como el prólogo al libro II, tanto por no convenir con el donatismo, como por intentar conformar el contenido de su Comentario a fines muy diferentes. En el fondo, aunque no tanto en el Prefacio como en el Comentario, se deja entrever netamente una propensión a hacer caer en la cuenta al pueblo del caos apocalíptico que se avecina y comunicarle la necesidad de arrepentimiento ante la inminente hora final con la venida del Anticristo, y una réplica sin paliativos contra Elipando y su grupo, que personifica al propio enemigo de Cristo como anticipo del fin del mundo ⁷.

Mientras Primasio, Cesáreo e incluso Beda desgranar el texto bíblico con el fin de comentarlo minuciosamente y en profusión, siguiendo tal vez la exposición ticoniana, Beato, siguiendo el mismo orden, aunque sin demasiado rigor —igual pasa de un capítulo del Apocalipsis de Juan a otro bastante alejado e incluso que le precede—, agrupa, por lo general, los textos para comentarlos escuetamente, pero orientándolos siempre hacia los fines que persigue. Compárese, sólo a modo de ejemplo, Beato, *Praef.* 4, 13-15 con Primasio, 340 D, y Cesáreo, 227/23.

6 Aug., *Doctr. christ.*, 3, 30, 42.

7 Cf. Balóira Bértolo, 'La tradición manuscrita en el Prefacio de Beato: discusión de aspectos', en *Archivos Leoneses*, nn. 81 y 82 (León 1987) pp. 312 ss.

Los autores consultados, imitados o apropiados por Beato son realmente numerosos: toda la Patrística en suma. De ellos se sirve en forma diferente, como ya se ha visto, pero siempre, eso sí, con una intencionalidad en gran medida opuesta a la de los que le precedieron y con unas pretensiones orientadas hacia otros lares.

Y para terminar —el espacio de que dispongo se agota—, digamos, como en alguna ocasión he expuesto, que resulta francamente sorprendente que en una zona en que la comunidad religiosa se hallaba en estado embrionario, sin una organización diocesana perfectamente constituida, pudiera disponer Beato de un caudal tan abundante de inspiración —y apropiación—. El último comentarista de Juan estuvo sin duda en relación con Toledo —acaso anteriormente con Córdoba— en unión más estrecha de lo que suponemos, de lo que se supone. Si tenemos en cuenta el gran número de manuscritos consultados por Beato, se nos hace cuesta arriba admitir que estuvieran todos allí, en los valles de la Liébana, a su disposición, por muchos códices que arramplaran consigo «los monjes que voluntariamente huyeron de la España musulmana o que fueron forzados a trasladarse allá desde el valle del Duero por las huestes de Alfonso I», como opina D. Claudio Sánchez Albornoz⁸. Parece más lógico que su erudición proceda de fuera de Asturias, y más concretamente de Toledo. Pero los documentos de que hasta el momento disponemos no nos autorizan a ir demasiado lejos en este campo. Esperemos mejores auras de información.

MANUEL ADOLFO BALOIRA BERTOLO

⁸ C. Sánchez Albornoz, 'El *Asturorum Regnum* en los días de Beato de Liébana', en *Actas del Simposio para el Estudio de los Códices del Comentario al Apocalipsis de Beato de Liébana* (Madrid 1978-1980) 3 vol., I, 22. Cf. Balóira Bertolo, 'El Prefacio del Comentario al Apocalipsis de Beato de Liébana', en *Archivos Leoneses*, n. 71 (León 1982) pp. 9 ss.